

CONVERSACIONES, 22

LOS PROTAGONISTAS DE LA REVOLUCIÓN RUSA

© Foto de portada: Fragmento de la foto grupal de los delegados del 8vo. Congreso del Partido Comunista Ruso, 18 February 1919

© Fotografías interiores de dominio público.

© De la introducción y de la traducción: José Jesús Fornieles Alférez

© Confluencias, 2017

www.editorialconfluencias.com

Diseño y producción: Rodrigo Sepúlveda Cebrián

Maquetación y portada: Rodrigo Sepúlveda Cebrián

Corrección de pruebas: María del Mar Domínguez Álvarez

Impreso en ESCOBAR IMPRESORES, Almería, España

ISBN: 978-84-947772-2-6

Depósito legal: AL 1921-2017

Queda rigurosamente prohibida, sin la autorización estricta de los titulares del Copyright, bajo las sanciones establecidas en las leyes, la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento, incluidos la reprografía y el tratamiento informático y la distribución de ejemplares mediante alquiler y préstamos públicos.

CONVERSACIONES

con

LOS PROTAGONISTAS

DE LA

REVO
LUCIÓN
R U S A

Introducción y traducción de
José Jesús Fornieles Alférez



CONFLUENCIAS
EDITORIAL



ÍNDICE

Introducción	11
--------------	----

LENIN

I. Una entrevista con Lenin	19
II. Capitalismo de Estado	29
III. «En este país, la tierra pertenece al Estado»	43
IV. Controlar a las masas	61

STALIN

I. Una política de supresión despiadada	79
II. Memorando de la conversación con el generalísimo Stalin	105

TROTSKI

- | | | |
|------|---|-----|
| I. | Trotsky habla sobre
la situación del mundo | 127 |
| II. | «Sólo el laborismo puede
parar la guerra.» | 141 |
| III. | Georges Simenon entrevista
a Leon Trotsky | 153 |

INTRODUCCIÓN
CIEN AÑOS DE LA REVOLUCIÓN
DE OCTUBRE

Se cumplen este año, 2017, cien años de la Revolución de Octubre, que nosotros, los occidentales, conmemoramos en noviembre, por esos trece días de diferencia que nos llevamos con el calendario de la Rusia ortodoxa griega.

La Rusia de los zares Romanov era un hervidero de revoluciones. En el frente —estábamos en la Primera Guerra Mundial—, las cosas iban muy mal. El zar Nicolás II abdicó en febrero del 1917 y el príncipe Lvov forma un Gobierno provisional al que, pasados unos meses, el burgués republicano Alexander Kérenski sustituyó y se instauró una República.

En estas aguas revueltas pescó Vladimir Illich Uliánov, Lenin. Los bolcheviques se hicieron con el gobierno el 25 de octubre, con la ayuda de los cañones del crucero Aurora apuntando hacia el Palacio de Invierno, la sede gubernamental. Aún se puede ver el crucero Aurora, en el estuario del Nevá, convertido en museo. Y a Lenin en su mausoleo, en la plaza Roja de Moscú. Lenin estaba exiliado en Zúrich, donde dirigía el periódico *Iskra* (la Chispa), con el que esperaba incendiar al mundo. Lo consiguió, y sabemos cómo. Alemania para debilitar a Rusia, permitió que por su territorio pasara un tren blindado que trasladó a Lenin a su país.

San Petersburgo, capital de Rusia desde que la construyó Pedro el Grande, apoyó a Lenin. Los comunistas pronto trasladaron la capital a Moscú, y Lenin instaló al nuevo gobierno en el Kremlin. Mucho antes se había escrito: «Un fantasma recorre Europa. El fantasma del Comunismo...», sí comienza el Manifiesto del Partido Comunista, de 1848, redactado por Carlos Marx y Federico Engels. El fantasma, por fin, se había hecho carne.

La historia de la Rusia soviética es ciertamente convulsa. Los primeros años estuvieron marcados por la Guerra Mundial. La inestabilidad y la Guerra Civil: Blancos contra Rojos. En este

contexto, en 1922 Lenin sufrió su primer ataque al corazón, quedando muy disminuido. En enero de 1924 murió.

Le sucedió Stalin, pese a las reticencias de Lenin. Trotski, organizador del Ejército Rojo, tenía un concepto muy diferente del Comunismo. Para Trotski, la revolución tenía que ser permanente y universal. Se creó el Komintern para fomentar el desarrollo del sistema comunista en todo el mundo. Para Stalin, por ahora, se debía limitar a Rusia y adaptarla a las circunstancias.

Los resultados de la revolución, desde sus comienzos, fueron desastrosos. Aislados de Europa —todos los países rompieron sus relaciones diplomáticas y económicas con Rusia—; los Ejércitos Blancos los acosaban; y, sobre todo, habían destruido el sistema tradicional del campesino ruso sin que la colectivización produjese los resultados esperados. La hambruna asoló las tierras y a sus habitantes.

La Rusia soviética, luego URSS, superó todas estas trágicas pruebas, se convirtió en una potencia industrial, en un modelo para millones de personas de todo el planeta, en un país sin religión, en un país sin ricos, en una superpotencia nuclear, en una asfixiante tiranía... Nuestro admirado escritor Robert Byron, en su *Viaje a*

Rusia —publicado por esta editorial— ya percibió la imposibilidad de construir el Comunismo en la Tierra. Estábamos en el año 1932 y el Comunismo ilusionaba, entonces, a medio mundo.

Hoy, 100 años después del triunfo de aquella ilusión, todos conocemos, más o menos, la historia de los países comunistas. Al final, todos desaparecieron sin que los empujara nadie, como azucarillos en un vaso de leche, quedando sólo dos anécdotas, para su desgracia: Corea del Norte y Cuba.

Los comunistas pensaron, de buena fe, que un hombre sometido a una educación científica-socialista iba a dar lugar al nacimiento de un hombre perfecto. No fue así, no pudo ser así. La imposibilidad del Comunismo radica en la propia naturaleza humana. Y porque esta es como es, y no como se quisiera que fuera, el Comunismo desapareció de la sufrida Tierra.

Ya lo escribieron los griegos en el frontispicio del Templo de Apolo en Delfos: «Conócete a ti mismo». Conócete a ti mismo y podrás conocer algo de la naturaleza del hombre —y de la mujer, para no ofender a nadie—. Se cumplen 100 años del desastre. Lo recordamos con tristeza. Tal vez, fue necesario, para conocer mejor cómo somos.

José Jesús Fornieles Alférez

CONVERSACIONES

con

LOS PROTAGONISTAS

DE LA

REVO
LUCIÓN
R U S A

LENIN

I

UNA ENTREVISTA CON LENIN

Realizada por W. T. Goode, corresponsal de *The Guardian* y publicada por ese periódico el martes 4 de diciembre de 1919.

La entrevista a Lenin ha sido difícil de concertar, no ya porque sea inaccesible —se mueve con tan escasos arreos y medidas de seguridad como pueda hacerlo yo—, sino porque su tiempo es oro. No para de trabajar, más incluso que el resto de comisarios; pero, al fin, conseguí que me hiciera un hueco y de este modo atravesé la ciudad hasta una de las puertas del Kremlin.

Al comienzo de mi estancia en Moscú tomé la precaución de obtener un pase que me evitara cualquier posible molestia por parte de funcio-

narios o policías, y éste me permitió entrar al recinto del Kremlin.

Evidentemente, la entrada al Kremlin está bien custodiada. Es la sede del Gobierno ejecutivo, pero las formalidades no son distintas de las que rigen en Buckingham Palace o la Cámara de los Comunes: una pequeña oficina de madera más allá del puente donde un civil revisa los pases y unos cuantos soldados vigilan, eso es todo.

Siempre se ha dicho que Lenin está protegido por chinos. Aquí no había chinos. Entré, subí la colina y atravesé el edificio donde vive Lenin, en dirección a la gran explanada donde antes se erguía la estatua de Alejandro, ahora eliminada. A los pies de la escalera otros dos soldados jóvenes, rusos también, no chinos. Subí en ascensor al último piso, donde me encontré con otros dos jóvenes soldados rusos, no chinos; de hecho, en ninguna de las tres visitas que pude realizar al Kremlin, vi a ninguno.

Dejé el sombrero y el abrigo en la antecámara, atravesé una habitación con personal administrativo y entré en la salita en la que se reúne el Comité del Consejo de Comisarios del Pueblo; en otras palabras, el salón de reuniones del gabinete de la República Soviética.

Fui estrictamente puntual y mi acompañante se adelantó —en Rusia las habitaciones siempre cuentan con una antecámara— para informar a Lenin de que yo había llegado. Le seguí después a la sala donde Lenin trabaja y esperé un minuto a que llegara. Permítanme decir aquí que no hay magnificencia alguna en estas habitaciones. Están amuebladas de una forma firme y sólida. La del Consejo de Comisarios está admirablemente arreglada para su propósito, pero todos los muebles son simples, y se respira una atmósfera de duro trabajo por doquier.

Del fantástico esplendor del que me habían hablado, no queda ni rastro. Apenas había tenido tiempo de realizar, mentalmente, esta observación cuando Lenin entró. Es un hombre de altura media, de unos cincuenta años, enérgico y bien proporcionado. A primera vista, de sus rasgos se deducen ciertos ligeros antecedentes chinos, y su cabello y su barba puntiaguda son de un tono marrón rojizo. La cabeza está bien formada, de forma algo abovedada, y su frente es amplia y elevada. Tiene una expresión agradable al hablar y, realmente, sus gestos pueden ser descritos como claramente atractivos.

Habla nítidamente con una voz bien modulada y, a lo largo de la entrevista, nunca vaciló o dejó ver la menor confusión. De hecho, la única impresión que dejó claramente grabada en mí fue que se trataba de una mente precisa y fría, un hombre con absoluto dominio de sí mismo y de lo que hablaba, que se expresaba con una claridad tan inesperada como refrescante. Mi acompañante se sentó en el otro extremo de la mesa para actuar como intérprete si fuera necesario. No lo fue.

Después de unas palabras de presentación, le indiqué que podíamos hablar en alemán o francés. Repliqué que, si yo no ponía objeciones, prefería hacerlo en inglés, y que si yo lo hacía con claridad y despacio podría seguirme. Acepté y ciertamente pudo hacerlo, pues sólo en una ocasión durante los tres cuartos de hora que duró la entrevista, vaciló en una palabra y tan solo por un instante; al momento me entendió.

Debo decir aquí que la realización de esta entrevista me había obsesionado desde el mismo momento de mi llegada a Rusia. Había muchas cosas que quería saber; se me ocurrían montones de preguntas, y para conseguir las respuestas que ansiaba habría necesitado una prolija conversa-

ción de haber empezado mi tarea con esta entrevista. Pero, al haberla dejado para lo último, mi trabajo de un mes me había proporcionado la respuesta a muchas de las preguntas, mientras que otras habían sido respondidas por una entrevista radiográfica enviada desde Lyon por un grupo de periodistas estadounidenses. Por lo tanto, tuve que emplear de la mejor manera posible el tiempo que me concedieron rigurosamente, encajado entre dos reuniones importantes. Reduje toda mi curiosidad a tres preguntas, cuyas respuestas sólo podía proporcionar el propio Lenin, jefe del Gobierno de la República Soviética.

Él sabía bastante bien quién era yo, y sabía lo que yo buscaba. Por ello, no hubo necesidad de aclaraciones previas. Sólo le había hablado de mis preguntas a una persona, el comisario que me acompañaba, que manifestó su pesimismo sobre que Lenin me las fuera a contestar. Ante su genuino asombro, las preguntas fueron respondidas con rapidez, sencillez y decisión y, cuando la entrevista terminó, mi compañero expresó su sorpresa ingenuamente.

Se me dejó la dirección de la entrevista. Comencé de inmediato. Yo quería saber si las propuestas llevadas por el señor Bullit a la Conferencia

de París seguían siendo válidas.¹ Lenin replicó que lo eran, con las modificaciones que las cambiantes circunstancias bélicas pudieran indicar. Más tarde indicó que en el acuerdo con el señor Bullit se había incluido que los cambios en la situación militar podían implicar modificaciones.

Continuando, añadió que el señor Bullit no podía comprender la fuerza del capitalismo inglés y norteamericano, pero que si Bullit llegara a ser presidente de los Estados Unidos, la paz llegaría pronto. Después, retomé el hilo para preguntar cuál era la actitud de la Unión Soviética en relación con las pequeñas naciones que se habían separado del Imperio de los zares y habían proclamado su independencia. Replicó que la independencia de Finlandia había sido reconocida en noviembre de 1917. Que él personalmente había entregado a Svinhufvud, entonces líder de la República Finlandesa, el documento en el cual se establecía este reconocimiento; que la Unión

¹ En marzo de 1919, William Christian Bullitt, miembro de la delegación estadounidense en la Conferencia de Paz de París, visitó la Rusia soviética en una misión clandestina: negociar un acuerdo entre los aliados y el Gobierno bolchevique de Rusia que pondría fin a la guerra civil en el país y permitiría a los aliados retirar las tropas enviadas a Rusia en 1918.

Soviética había anunciado algún tiempo antes que ningún soldado de la República Soviética cruzaría en armas la frontera; que la República Soviética había decidido crear una franja o zona neutral entre su territorio y Estonia, y que lo declararían públicamente; que uno de sus principios era reconocer la independencia de las naciones pequeñas y, finalmente, que acababan de reconocer la independencia de la República de Bashkir, añadiendo que la República de Bashkir es un pueblo débil y atrasado.²

Por tercera vez retomé el interrogatorio, para preguntarle qué garantías podían ofrecerse contra la propaganda oficial en los países occidentales, si se restablecieran las relaciones con la Unión Soviética. Su respuesta fue que le había declarado al señor Bullit que estaban prestos a firmar un acuerdo para no hacer propaganda oficial. Como Gobierno, estaban dispuestos a comprometerse a que no se produciría ningún tipo de propaganda oficial. Si personajes privados realizaban esa propaganda, lo harían bajo su cuenta y riesgo y serían responsables ante las leyes del país en el que actuaran.

² La República Soviética de Baskiria es en la actualidad la República de Baskortostán, una de las que componen la Federación Rusa.

Rusia, afirmó, no posee leyes contra la propaganda de ciudadanos británicos. Inglaterra, sí; por eso Rusia es más liberal que Inglaterra. Permitirían que el Gobierno británico, francés o norteamericano llevara a cabo su propia propaganda. Protestó con energía contra la Defence Realm Act,³ y, en relación a la libertad de prensa en Francia, dijo que acababa de leer la novela *Clarté* de Henri Barbusse, de la que se han censurado y suprimido dos partes. «¡En la libre y democrática Francia se censuran novelas!»

Le pregunté si quería hacer alguna declaración, a lo cual respondió que lo más importante para él era decir que el sistema de la Unión Soviética era el mejor, y que, si los trabajadores y campesinos británicos lo conocieran, lo aceptarían. Esperaba que, después de la paz, el Gobierno británico no prohibiría la publicación de la Constitución soviética. Que, moralmente, el sistema soviético ya ha vencido, y la prueba de su aserción se ve en la persecución de la literatura soviética en los países libres y democráticos.

³ La Defence Realm Act (DORA) fue aprobada en el Reino Unido el 8 de agosto de 1914, cuatro días después de su entrada en la Primera Guerra Mundial. Dio al gobierno amplias facultades, incluyendo una amplia posibilidad de censura.

Mi tiempo había expirado y, sabiendo que lo esperaban, me levanté y le di las gracias y, regresando por la Cámara del Consejo y la habitación de los oficinistas alcancé la escalera y el patio, donde se encontraban los jóvenes soldados rusos, donde cogí mi *droshky* y conduje de vuelta hasta Moscú para reflexionar sobre mi encuentro con Vladimir Ulianov.